

¿El códice 1841 (= 127)

es el mejor representante del Apocalipsis? ⁽¹⁾

INTRODUCCION

La crítica textual esconde, bajo las apariencias de una rigidez fría y esquelética, problemas palpitantes, dramas emocionantes, batallas reñidísimas, de que no tienen idea los que no la han considerado y tocado de cerca. Una de las fuentes de semejantes tragedias incruentas son los nuevos descubrimientos o publicaciones. Un caso de esas emociones dramáticas, interesante e instructivo, voy ahora a comunicar: será la relación de lo que a mí mismo me ha ocurrido en el estudio del Apocalipsis y en la preparación del texto y del aparato crítico, próximo a publicarse. Mas para que la enorme complejidad del caso no resulte un embrollo, simplificaré todo lo posible. Con esto espero que, aun los no especializados en la crítica textual del N. T., puedan seguir holgadamente, si no apasionadamente, el desenvolvimiento del drama, que estrechándose en un nudo difícil y angustioso se resuelve, con una serie de anagnórisis, en un feliz desenlace.

Cuatro son los pasos principales de este desenvolvimiento: 1) El primer establecimiento del texto apocalíptico, a base de Von Soden, hacia 1930. 2) La publicación del papiro 27 en 1934. 3) Utilización de la gran obra de Hoskier concerniente al texto del Apocalipsis. 4) Valor singular del códice 1841 (= 127).

(1) Conferencia leída en la Semana Bíblica de 1942.

I. EL TEXTO DEL APOCALIPSIS A BASE DE VON SODEN

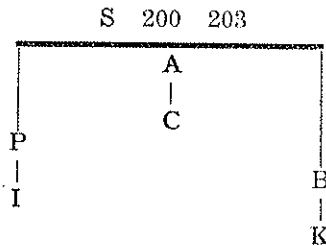
Antes de 1913, el texto del Apocalipsis, como generalmente el texto del N. T., que gozaba de general aceptación y había alcanzado cierta estabilidad y casi pacífica posesión, era el de Westcott-Hort, extendido y vulgarizado por la edición manual, científicamente mediocre, de Nestle. Pero en 1913, al publicarse la colosal edición de Von Soden, la elegante construcción de Westcott-Hort, que hasta entonces había parecido sólida, comenzó a resquebrajarse y amenazar ruina. ¡Si la flamante construcción alemana hubiera logrado sustituir ventajosamente la ruinosa construcción inglesa! Pero a la labor negativa del crítico alemán no correspondió su labor positiva. La nueva obra de Von Soden, si logró desterrar el mito del texto neutro de Westcott-Hort, no fué tan feliz en crear un nuevo texto aceptable que acabase por imponerse universalmente. Las arbitrariedades en el criterio y las graves deficiencias, inconsecuencias y errores en la ejecución y la novedad y complicación de su notación contrarrestaban y menguaban notablemente el valor innegable de sus nuevas y riquísimas aportaciones documentales. De entonces acá a la fe o euforia crítica ha sucedido cierto escepticismo, desorientación y marasmo, contra el cual no se ha reaccionado aún suficientemente. Mas, a pesar de todo, la obra del crítico alemán se ha hecho imprescindible a todo el que quiera hacer algo en el campo de la crítica textual neotestamentaria. De hecho, aunque algo tardíamente, la ha utilizado Nestle el hijo, cuya edición, aparentemente más científica que la de su padre, es, con todo, vacilante e incoherente, por no decir contradictoria. La han utilizado igualmente los católicos Vogels y Merk; pero sus ediciones, recomendables, sin duda, representan una especie de compromiso o término medio entre Westcott-Hort y Von Soden, con todas las ventajas prácticas y todos los inconvenientes científicos de semejantes términos medios. En estas circunstancias, al emprender yo una nueva edición crítica del N. T., naturalmente me propuse no dar una nueva edición incoherente o de puro compromiso. Concretándonos al Apocalipsis, lo primero que hube de hacer

fué someter a una revisión fundamental la distribución o agrupación sodeniana de los códices en las tres grandes familias H-I-K. Como está labor de revisión, complejísima y erizada de enormes dificultades, es puramente preparatoria para el objeto que ahora me propongo, la despacharé lo más rápidamente que me sea posible.

De las tres grandes familias H-I-K, o sea la egipcia (o alejandrina), la palestinese (u occidental) y la *koiné* (antioquena o constantinopolitana), el principal trabajo versó sobre la segunda. La egipcia (H) prácticamente se reduce a los tres unciales conocidos: S. A. C. La *koiné* (K), a pesar de comprender la mayoría de los códices, tampoco daba mucho que hacer: sólo había que investigar si en esa masa de escaso valor se escondía algún códice injustamente desprestigiado. En cambio, la palestinese (I) se había de revisar escrupulosamente. Von Soden la divide en cuatro grupos principales: I^a, I^b, I^c, I^d. Los tres primeros se subdividen en grupos menores; el cuarto es más bien una serie de códices independientes o díscolos. Esta complicada división suscitaba un doble problema: 1) ¿Semejante distribución o agrupación es objetiva? ¿Responde a la realidad? 2) ¿Cuál es el valor o bondad de cada grupo y aun de cada códice?

Para dar solución adecuada a estos dos problemas apelé a dos procedimientos, que juzgué objetivos a la vez y certeros. El primero es conocido y usual: consiste en recoger y comparar las coincidencias de los códices en ciertas variantes raras o singulares. Pero este procedimiento no daba solución al segundo problema, que es, al fin, el principal: la bondad de los códices. Para resolver este segundo problema recurrí a otro procedimiento, que me ha dado generalmente excelentes resultados: consiste en seleccionar algunas variantes que reúnan estas dos condiciones: que, por una parte, sean variantes recomendables por la crítica interna y por la aceptación de los críticos; y, por otra, que estén atestiguadas por un reducido número de códices. Supongamos que se trata de 20 variantes, atestiguadas todas ellas por solos 10 códices, que no son siempre los mismos. Se examina entonces cuántas veces reaparece cada códice en estas 20 variantes; y el porcentaje de las veces que reaparece cada uno de los códices es el índice exacto de su bondad o valor crítico.

¿Y cuál fué el resultado de este doble procedimiento? Largo sería exponerlo, aun en sus líneas generales. Sólo dos puntos indicaré sumariamente. Primero, en cuanto a la distribución de las familias, si la gran división ternaria H-I-K puede sustancialmente conservarse, en cambio las agrupaciones menores hay que rehacerlas radicalmente. Segundo, por lo que atañe a la bondad de los códices, varios de ellos, como emergiendo de la masa en que andaban revueltos, se destacan como excelentes testigos del texto apocalíptico corriente en el siglo II. El siguiente esquema podrá dar alguna idea, aunque muy limitada, de estos resultados:



Explicaremos brevemente el esquema. En cuanto a la distribución de las familias, A primariamente y C secundariamente representan la egipcia (H); P encabeza la familia palestinese (I), que acaso más exactamente debería llamarse cesariense, B parece ser el representante más antiguo y fidedigno de la familia antioquena (K). Pero fuera de estas familias y anteriormente a las grandes recensiones que las crearon, hay que colocar varios códices, entre los cuales sobresalen, aunque de diferente manera e independientes entre sí, S 200 y 203, que vienen a representar lo que impropriamente se ha llamado texto occidental, y más justamente se debería llamar texto prerrecensional, cual era el que dominaba en el siglo II.

II. EL PAPIRO 47 (P⁴⁷)

Este papiro, perteneciente a la colección Chester Beatty, fué publicado por Kenyon en 1934. A diferencia de otros papiros del Apocalipsis, que contienen breves fragmentos, comprende desde

el cap. 9, 10 hasta el 17, 2: unas dos quintas partes del total. La data de su escritura suele colocarse en el siglo III; según Kenyon, más bien hacia el fin; según Wilcken, hacia la mitad o a los principios.

Dos problemas plantea el papiro: 1) ¿Cuál es el tipo de su texto, o a qué familia pertenece? 2) ¿Cuál es su valor crítico?

1. *El tipo del papiro.*

El tipo del texto del papiro se ha de conocer por sus afinidades con los códices ya conocidos. Para averiguarlo reproduciremos, completándolo y precisándolo, el procedimiento empleado por Kenyon; luego emplearemos otros dos procedimientos, que juzgamos más eficaces y exactos. El resultado convergente de los tres procedimientos nos dará con la máxima seguridad y precisión el tipo de texto propio del papiro.

El procedimiento de Kenyon consiste en comparar el papiro con los códices unciales S., A., C., P., B. con el T.-R., notando las coincidencias y discrepancias que tiene con ellos. El resultado de la comparación se expresa en el siguiente cuadro sinóptico:

Con S.	coincid.	182	discrep.	196
" A.	"	167	"	209
" C.	"	157	"	171
" P.	"	164	"	188
" B.	"	146	"	232
" T.-R.	"	129	"	249

Las variantes, base de la comparación, son 378, que es la suma de las coincidencias y de las discrepancias. Este número es completo en S., B. y T.-R., casi completo en A. (376-378-2), algo incompleto en P. (352-378-26) y más incompleto aún en C. (328-378-50). Estas deficiencias (2, 26, 50) son debidas a las lagunas, mayores o menores, de los respectivos códices. Hay que

tener presente este dato, que Kenyon no nota, para apreciar el valor numérico de las coincidencias o discrepancias.

Recojamos ahora las características de este resultado. Lo primero, y más importante, es que en todos y cada uno de los códices el número de sus discrepancias respecto del papiro excede al de sus coincidencias. Por consiguiente, el papiro dista más bien que se acerca respecto de cada códice. Su afinidad, por tanto, se ha de apreciar más bien negativamente, por la menor distancia, que positivamente, por el mayor número de coincidencias. Lo segundo, el número de coincidencias disminuye progresivamente (en general, a lo menos, y teniendo en cuenta el número o extensión de las lagunas), mientras que el número de las discrepancias va creciendo de arriba abajo; es decir, desde S. a T.-R. Lo tercero, tomando en cuenta estas observaciones, hay que señalar el exceso de las discrepancias sobre las coincidencias, con lo cual, al paso que se evita el efecto de las lagunas, se precisa más, si bien negativamente (es decir, por la menor distancia), la afinidad del papiro con cada uno de los códices. La proporción de este exceso se expresa en este nuevo cuadro, en que varía el lugar de algunos códices (C. y P. respecto de A.):

S.	(196-182 =)	14
C.	(171-157 =)	14
P.	(188-164 =)	24
A.	(209-167 =)	42
B.	(232-146 =)	86
T.-R.	(249-129 =)	120

Esta manera de apreciar la afinidad es más exacta que la de Kenyon, si bien no del todo segura en C., dado el gran número de lagunas (50), en que hemos supuesto que en éstas no variaba la proporción entre las coincidencias y las discrepancias, cosa no del todo segura; en cambio, la mayor afinidad de P. respecto de A. se puede dar por segura. Y hay que notar aquí, cosa que tampoco nota Kenyon, que, decreciendo generalmente la afinidad

del papiro con los códices en proporción de su menor antigüedad, esta proporción no se verifica en P. (s. IX), más reciente que A. (s. V) y aun que B. (s. VIII): lo cual demuestra la mayor afinidad del papiro con el arquetipo de P. que con los arquetipos de A. y de B., y acaso también con los arquetipos de C. y aun de S.

En conclusión, el papiro casi equidista de S., C., P.; dista mucho más de A., y muchísimo más todavía de B. y principalmente de T.-R. Por consiguiente, si se admite que A. representa la recensión alejandrina y B. la antioquena, y se supone que P. representa la cesariense, el papiro resulta ajeno a la alejandrina y totalmente incontaminado por la antioquena: ¿representará la base de la cesariense? Nótese además, para lo que luego diremos, que el papiro y el T. R. están en los polos opuestos. Por fin, la menor distancia respecto de S. (y acaso también de C.) acaso se explique por el carácter prerrecensional y primitivo de entrambos códices.

Comprobemos ahora este resultado con otro procedimiento que suele emplearse corrientemente para descubrir las afinidades de los códices, y es el de las coincidencias en las variantes raras o errantes (generalmente malas). Tiene el papiro, además de 25 variantes en que anda completamente solo, otras 30 en que le siguen contadísimos códices. Las coincidencias de estos códices con el papiro las expresa el siguiente cuadro:

							S. = 21 veces.
				36	130	201	= 4 "
						200	= 3 "
14	18	56	92	102	159	204	= 2 "
				146	203	A. C.	= 1 vez.
P. B.	111	127				T.-R.	= 0

Las consecuencias de estos datos numéricos son enormes en orden a la solución de los dos grandes problemas de la crítica textual: la reconstitución de las diferentes familias y el reconocimiento de las variantes originales o buenas.

En cuanto a lo primero, la afinidad del papiro con la recensión alejandrina (A., C.) y con los códices 146 y 203 es despreciable, y con las recensiones cesariense y antioquena, enteramente nula, y nula también con los códices 127 y 111 y con el T.-R.; en cambio, es estrechísima con S. y no del todo despreciable con los códices 36, 130, 201 y 200; es decir, con los códices prerrecensionales e independientes. Por consiguiente, aunque parezca una paradoja, la coincidencia del papiro con S. (que es incomparablemente mejor que P., B. y T.-R.), como derivada de un arquetipo inmediato, que puede contener errores, es mucho menor garantía de bondad u originalidad que la coincidencia con P. o con B., cuyo origen generalmente hay que buscarlo en el mismo original y no en arquetipos intermedios, que no existen. Otro fenómeno interesante conviene notar: la afinidad del papiro con P., nula aquí, relativamente estrecha según el procedimiento de Kenyon. La raíz de semejante divergencia es la diferente calidad de las variantes, que son aquí solamente las raras; allí, todas indiferentemente. Con esta discrepancia en las variantes raras se compagina perfectamente la afinidad en todas las demás; más aún, como estas discrepancias en lo raro son accidentales al tipo fundamental de texto, cuanto mayor sea el número de semejantes discrepancias, menor será el de las restantes: con lo cual se acortan las distancias entre el papiro y P. En suma, las 188 discrepancias notadas por Kenyon entre el papiro y P. (contra 164 coincidencias) no impiden suponer que el tipo del papiro sea la base de la recensión (cesariense) de P.; ya que las variantes pueden explicarse perfectamente, unas por las arbitrariedades o descuidos del copista del papiro, otras por la labor recensional.

A estos dos procedimientos añadiremos otro tercero, que será la comparación del papiro 47 con los demás códices en las 67 variantes en que se menciona el papiro en el aparato crítico de nuestra edición. Se trata ahora, no de variantes raras, ni de toda suerte de variantes promiscuamente, sino de variantes que son buenas o por tales son aceptadas por los críticos. Para mayor precisión distinguiremos las que nos parecen preferibles, y como tales las adoptamos en el texto, de las que juzgamos por menos probables. Sustituyendo el T.-R. por el código 127, a

cuyo conocimiento va enderezado todo este estudio, las coincidencias del papiro en estas 67 variantes se expresan en el siguiente cuadro sinóptico:

EL PAPIRO CONCUERDA:

	en las variantes preferibles	en las variantes menos probables	en entrambas juntamente
Con 127	39	6	= 45
" S.	28	17	= 45
" C.	26	9	= 35
" P.	21	11	= 32
" B.	18	14	= 32
" A.	18	6	= 24

Este cuadro es sumamente instructivo. Considerémoslo por partes. Ocupan el primer lugar 127 y S.; pero con dos diferencias muy notables. Primeramente, 127 supera a S. en el número de las variantes preferibles. Además, las coincidencias del papiro con 127 son mucho más significativas que las coincidencias con S., dado que éstas dependen no sólo de la bondad de los códices, sino también de su afinidad familiar: mientras que las del papiro, con 127, dependen únicamente de la bondad de los códices. C. y P. conservan, entre sí y respecto de S., el mismo lugar que tenían en el cuadro de Kenyon. B., propiamente, tampoco ha cambiado respecto de los precedentes; el que radicalmente ha cambiado es A., que ha pasado al último lugar; indicio de una profunda discrepancia entre el papiro y A.; indicio de que el papiro nada tiene que ver con la recensión alejandrina. En suma, el papiro se muestra muy afín, si bien por diferentes motivos, a 127 y S.; bastante afín también a C. y P.; pero muy distante de B. y de A. El tipo del papiro, como pre-reccensional, no sólo no ha sido contaminado por las recensiones alejandrina o antioquena, sino que no ha servido de base a éstas; en cambio, pudo muy bien haber servido de base a la recensión cesariense: por lo menos se muestra afín al texto que sirvió de base a esta hipotética recensión.

2. *Valor crítico del papiro.*

El valor crítico del papiro se basa en dos hechos: en su gran antigüedad y en su afinidad con los códices reconocidos como mejores.

El ser el testigo más antiguo del Apocalipsis que conservamos da al papiro una excepcional autoridad. Claro está que no toda lección antigua, por serlo, se ha de dar ya por buena; pero no es menos cierto que para ser aceptada como buena una lección debe ser antigua. Y si la bondad de una lección no es proporcional a su antigüedad, no hay duda que una gran antigüedad es un precedente no despreciable de bondad.

A esta antigüedad excepcional se suma la afinidad con los códices S. y C., reconocidos generalmente como excelentes en el Apocalipsis: nuevo indicio y garantía de la bondad o valor crítico del papiro.

Este valor, no obstante, queda notablemente mermado por la incuria o poca fidelidad del copista, que dió lugar a frecuentes lecciones singulares, solitarias, erradas, evidentemente falsas. De cualquiera manera que se explique semejante falta de escrupulosidad, sea por negligencia, sea por capricho, ora dependa del arquetipo, ora del copista mismo del códice, siempre habrá que descartar todo ese cúmulo de variantes arbitrarias, para utilizar el códice con garantías de acierto.

En conclusión, el papiro es una copia mediana de un excelente tipo de texto.

Hasta aquí hemos explorado la índole característica y el valor crítico del papiro: ahora, una vez conocido, invirtiendo los papeles, nos servirá de criterio para apreciar el valor de otros códices, sobre todo del 127.

III. AFINIDADES DEL PAPIRO CON OTROS CODICES

Los códices unciales S. C. P. A. B. nos han servido para caracterizar el papiro: ahora el papiro nos servirá de base para explorar y fijar el valor de algunos cursivos. Como campo o ma-

teria de exploración nos valdremos de las 67 variantes arriba mencionadas; aunque no de todas, por varias razones, sino solamente de aquellas en que son relativamente pocos los códices que concuerdan con el papiro, que son 35.

Sería largo describir ahora con todos sus pormenores y cautelas el método o procedimiento de investigación, para que, evitando en lo posible todo error, resultase más fecundo y pudiese apreciarse de una ojeada o sinópticamente todo el resultado, aun en sus más delicados matices. Es fuerza ceñirse a los resultados más generales o tangibles y, por así decir, de mayor tomo. Cotejado, pues, el papiro con los diferentes minúsculos, que contenían cada una de las 35 variantes, y descartados, como menos interesantes ahora, todos aquellos cuyas coincidencias con el papiro no pasa de 10, resultó el siguiente cuadro:

P. ⁴⁷ = 127	21 veces.
" = 215	19 "
" = 146	17 "
" = 111	17 "
" = 200	14 "
" = 203	14 "
" = 240	13 "
" = 179	13 "
" = 100	13 "
" = 193	12 "
" = 121	12 "
" = 130	11 "
" = 189	11 "

Este cuadro exige, para su inteligencia y justa apreciación, varias observaciones.

Ante todo, una advertencia. El relieve o primacía que entre los minúsculos alcanza el código 127 no se debe a ideas o planes preconcebidos. Realmente, al iniciar la exploración no conocía yo este código, no utilizado por Von Soden: más bien iba yo a explorar el valor de los códigos previamente conocidos y apreciados como excelentes, sobre todo los códigos 200 y 203. Los hechos han dado de sí.

En cuanto a la índole de los códices, conviene conocer su afinidad o independencia respecto de otros códices. Los dos primeros, 127 y 215, forman un grupo bastante compacto, al cual pertenece también el código 95, de carácter mixto (cuyas coincidencias con el papiro alcanzan a 10). Al 146 es afín el 155, bastante inferior o contaminado (cuyas coincidencias son sólo 5). Los siguientes 111 y 200, como también el 130, son independientes o aislados. Los dos inmediatos 203 y 240 forman entre sí y con 38 y 178 un grupo muy interesante, cuyas coincidencias con el papiro son tanto más significativas cuanto menor es la afinidad que tienen con él. El código 179 es importante por otro concepto: estrechamente emparentado con P., encabeza el primero de los siete grupos de I., según Von Soden, y parece representar con P. uno de los tipos más genuinos de la recensión cesariense. Con el siguiente 193 guardan cierta conexión los dos 114 y 241, bastante inferiores o contaminados (cuyas coincidencias con el papiro son, respectivamente, 5 y 4). Con 121 está emparentado el código 59 (cuyas coincidencias son solamente 3). Por fin, los códigos 100 y 189 representan el texto de los comentarios de Andrés de Cesarea.

Para apreciar la significación y alcance de las coincidencias de estos códices con el papiro, hay que tener presentes las de los unciales, que son: S. = 26, C. = 21, A. = 16, P. = 14, B. = 5. La notable ventaja de S. se explica por su íntima afinidad con el papiro. De modo análogo hay que explicar las coincidencias de C., por su base o su contaminación cesariense. El número relativamente menor de coincidencias en A. es debido a su radical discrepancia con el papiro; como, inversamente, el número considerable de las de P. se debe a su índole cesariense, o más bien a la base de la recensión. El exiguo número de coincidencias en B. se explica fácilmente, parte por la inferioridad del código, parte por la discrepancia del papiro con la recensión antioquena.

Vengamos a los minúsculos. Y para abreviar, ciñámonos a los primeros, que más adelante hallaremos de nuevo. Sobresalen 127 y 215, con 21 y 19 coincidencias, respectivamente. Pero precisando más, de las 19 coincidencias de 215 no todas son comunes a entrambos códices, sino que 2 son exclusivas de 215: con lo cual las coincidencias del grupo (o del arquetipo) ascienden a 23.

Por otro lado, las 26 coincidencias de S. hay que rebajarlas; dado que 2 son propias del corrector, 4 son propias de S* y otra no es enteramente exacta: con lo cual las coincidencias de S. y del tipo 127-215 son sensiblemente iguales. Pronto sacaremos las consecuencias de este hecho singular. No son muy inferiores las de los códices 146 y 111, que ascienden a 17. A 17 suben igualmente las del grupo 203-240-38-178, si a las de 203 se suman las que se hallan en los restantes. Las de 200 son 14.

El conjunto de todos estos códices forman cinco unidades o tipos diferentes, que como ajenos a las recensiones y, por tanto, anteriores a ellas, se remontan al siglo II, y en este sentido supera en valor crítico al conjunto de los cinco unciales S.-A.-C.-P.-B., que ni son tan independientes ni representan un tipo tan antiguo (a lo menos A.-C.-P.-B.). Y si a los minúsculos que acabamos de enumerar agregamos los demás comprendidos en el cuadro anterior y otros no comprendidos en él, resulta que el conjunto de los minúsculos comprende muchos más tipos de texto y más antiguos e independientes que el conjunto de los unciales. De lo cual se sigue que la crítica textual del Apocalipsis, basada hasta ahora principalmente, por no decir exclusivamente, en el testimonio de los unciales, debe reformarse radicalmente. Y como entre todos los minúsculos prepondera notablemente el código 127, hay que estudiar más detenidamente las características de este código, verdaderamente singular, que bien puede rivalizar con P.²⁷ y con S., y acaso superarlos. Esta especie de rehabilitación de este código, no conocida hasta ahora o no apreciado en su justo valor, es precisamente el objeto principal de nuestro estudio.

IV. EL CODICE 127

1. *Características internas del código.*

A cinco pueden reducirse las características más notables de este código: su corrección, la ausencia de tendencias viciosas, su austera robustez, su incontaminación recensional, su constante uniformidad.

Primeramente, es verdaderamente maravillosa y casi inverosímil su corrección. De todas aquellas numerosas variantes singulares, extrañas, arbitrarias, paradójicas, que pululan precisamente en los códices más antiguos y en los que son copia de ellos, apenas se hallará una sola en el códice 127. Reproduciremos algunas de las expresiones con que Hoskier, que es el que más amplia y detenidamente ha estudiado el códice, describe su índole característica: "Este sorprendente manuscrito—dice—fué copiado muy cuidadosa y esmeradamente." "El copista es absolutamente seguro en su labor de copiar: uno de los más atildados copistas cuyo trabajo he examinado... No se ha atrevido a cambiar nada... En conjunto, el copista reproduce absoluta y fundamentalmente el texto que tenía delante. Es un verdadero portento de esmerada fidelidad... Si nos encontramos con alguna variante singular (caso extrañamente raro en semejante texto), hemos de creer que en realidad no es única." Y pasando de la fidelidad a la bondad del texto, agrega: aunque "muestra profunda simpatía hacia S A gig y Syr", con todo, "cuando discrepa de A., S. o C., todas las probabilidades son de que tiene razón contra ellos" (*Concerning the Text of the Apocalypse*, London, 1929, vol. 1, pág. 435-437). En suma, 127 es una reproducción fidelísima y, por así decir, fotográfica de un arquetipo esmeradísimo.

En segundo lugar, no se descubren en él tendencias manifiestamente viciosas, por ejemplo, a lecciones redundantes o compendiadas. Ajeno completamente a todo lo que huele a interpolación, glosa, amplificación, perífrasis, no muestra mayor inclinación hacia la omisión, la mutilación o la sequedad. Ni prolijo ni escueto, entre ambos extremos se mantiene en un justo medio.

Otro rasgo, más palpable aún, de escrupulosa fidelidad es el hecho de que no esquivá las variantes arduas, ásperas, difíciles y aun descuidadas o menos correctas, como suelen hacer los copistas *usum Delphini* y como hace el T.-R. Con todo, nuestro códice no tiene aquellos errores gramaticales que algunos críticos suponen originales en el Apocalipsis. De ahí el interesante problema, que no haremos sino proponer: ¿estos supuestos errores son verdaderamente originales, o más bien obra de algún copista imperito? En la primera hipótesis fallaría en este punto la fide-

lidad de 127; pero en la segunda, que creemos más probable, tendríamos un nuevo indicio de su bondad.

Tampoco aparecen en el código variantes ciertamente recensionales, esto es, aquellas variantes típicas que distinguen las diferentes recensiones, alejandrina, cesariense, antioquena: es decir, que su texto es prerrecensional, que se remonta, por tanto, al siglo II.

Por fin, todo él es constantemente uniforme y como de un mismo color, sin altibajos, sin nada que disuene o delate una mano distinta de la del autor de la obra. Semejante uniformidad o unidad de mano, o es efecto de la fidelidad o de un arte exquisito, es decir, o se debe a la mano misma del autor o a las del copista. Ahora bien, no se debe a la mano del copista, que para lograr la uniformidad hubiera tenido que introducir modificaciones profundas, fáciles de descubrir por la comparación con otros códigos. Luego se debe a la mano misma del autor; es decir, no al arte, sino a la fidelidad.

De estas propiedades características se colige que el código 127 representa un tipo de texto verdaderamente singular entre los múltiples y variados tipos que corrían durante el siglo segundo anteriormente a las grandes recensiones: verdaderamente singular por la sobriedad y fidelidad en medio de las libertades que por entonces se tomaban los copistas. Esta singular fidelidad, unida a la antigüedad y a las demás características y a su estrecha afinidad con los mejores códigos, nos permiten ver en 127 un excelente tipo de texto y probablemente el más incontaminado y correcto de todos los que actualmente poseemos. Podríamos decir que es la reproducción mejor del tipo mejor. Y si un texto puede ser llamado neutro o incorrupto, como se dijo del texto B.-S. en los Evangelios, acaso ningún otro código merece con mayor justicia este título que el 127, que poseyendo las virtudes de B. carece de sus vicios o defectos.

2. *Comparación de 127 con P.47*

Conviene determinar y precisar más la afinidad entre 127 y el papiro. Ya hemos insinuado que esta estrecha semejanza en-

tre ambos códices no es de parentesco o familia, sino de bondad, es decir, por la cantidad preponderante de elementos originales que entrambos conservan.

Podemos concretar las relaciones entre los dos códices en estos tres hechos:

1) Cuando P.⁴⁷ discrepa de la mayoría por sus lecciones singulares, 127 nunca le sigue.

2) Cuando P.⁴⁷ va con la gran mayoría y con los mejores, 127 nunca le abandona.

3) Cuando P.⁴⁷ va con pocos, los mejores, 127 generalmente le acompaña.

En estos tres casos la opción no deja lugar a duda. En el primero, de discrepancia, prevalece 127 contra el papiro. En los otros dos, de acuerdo o coincidencia, P.⁴⁷ y 127 nos dan la variante genuina. El primer caso es indicio de la disparidad familiar; los otros dos lo son de la semejanza en la bondad.

Queda un caso, dudoso y discutible, en que los dos discrepan, apoyado cada uno de ellos o por la mayoría o por los mejores. Creemos que para resolver satisfactoriamente este caso se necesitan ulteriores investigaciones sobre el valor respectivo de los tipos de texto representados por los dos códices. No obstante, por lo que hemos dicho y por lo que luego diremos, nos inclinamos a creer que entre estos dos rivales, dignos el uno del otro, se lleva la palma 127.

3. *Afinidades de 127 con los mejores códices.*

Ya indirectamente, por las relaciones con P.⁴⁷, hemos podido conocer de alguna manera las afinidades de 127 con los mejores códices. Pero una vez conocida la excelencia de 127, convendrá precisar directamente estas afinidades. Para ello, prescindiendo ya de P.⁴⁷ y extendiendo el campo de observación a todo el Apocalipsis, hemos recogido 23 variantes, que con estar apoyadas solamente por unos pocos códices, han merecido la aprobación de los críticos. En todas ellas aparece nuestro código. El número de veces que aparecen los otros códices será el índice del grado de afinidad (o en parentesco o en bondad) de cada código con 127.

Para abreviar, compararemos nuestro código con unos pocos, los reconocidos anteriormente como mejores, a los cuales añadiremos el código 179, como representante típico de la recensión cesariense. El resultado de la comparación se expresa en el siguiente cuadro:

127 = A.	21 veces	=	203	12 veces.
" = S.	15 "	=	111	11 "
" = C.	8 "	=	146	10 "
" = P.	6 "	=	200	8 "
" = B.	4 "	=	179	1 "

Las consecuencias de esta comparación, por lo que atañe a la afinidad de cada código con 127, saltan a la vista. Se destaca el valor de los cuatro primeros minúsculos, superior a la mayoría de los unciales. Es también muy significativa la diferente afinidad de A., por una parte, y de P.-179, por otra, con 127 y con P.⁴⁷: estrecha la de A. con 127 y floja con P.⁴⁷; la de P.-179, inversamente, flojísima con 127 y bastante estrecha con P.⁴⁷. Semejante oposición o inversión de afinidades sólo se explica suponiendo que la base de la recensión alejandrina (A.) es un tipo de texto estrechamente emparentado con 127; mientras que la de la recensión cesariense (P.-179) es un tipo de texto muy afín a P.⁴⁷. Y la escasa afinidad, tanto del papiro como del código, con B. indica su incontaminación antioquena. Otras afinidades entre los diferentes códigos podrán apreciarse en el siguiente cuadro, más completo y detallado, respecto del cual el anterior es un simple extracto numérico:

(1)	127 = A.....C.....	146.....
(2)	127 = A.....	
(3)	127 = A...S.....	203...111.....200.....
(4)	127 = A.....C...P.....	203...111...146.....
(5)	127 =S...C.....	203.....146.....
(6)	127 = A...S...C.....	
(7)	127 = A.....P.....	200.....
(8)	127 = A.....C...P.....	111.....179
(9)	127 = A...S.....B...203.....	146.....
(10)	127 = A.....C.....	111.....

(11)	127	=	A...S.....	203...111...146...200.....
(12)	127	=	A...(S.).....	203...111...146...200.....
(13)	127	=	A.....B.....	203...111...146.....
(14)	127	=	A...S.....B.....	111...146...200.....
(15)	127	=	S.....	203...111.....
(16)	127	=	A...S.....	203.....
(17)	127	=	A.....C...P...B.....
(18)	127	=	A...S...C...P.....	111...146...200.....
(19)	127	=	A...S.....P.....	111.....200.....
(20)	127	=	A...S.....
(21)	127	=	A...S.....	203.....
(22)	127	=	A...S.....	203.....200.....
(23)	127	=	A...S.....	203.....146.....

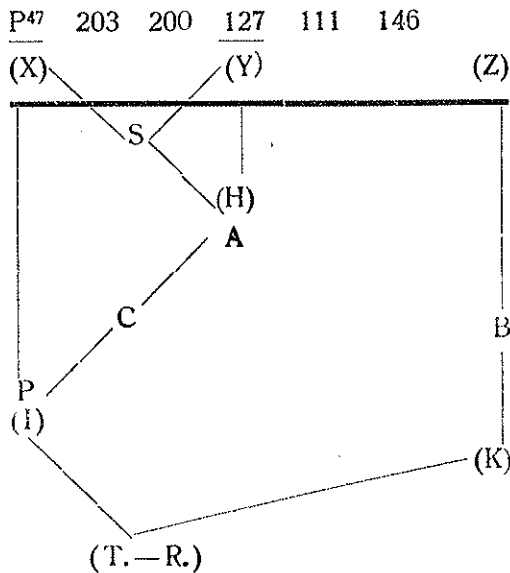
4. Conclusiones de los análisis precedentes.

De todo lo dicho se desprenden dos conclusiones principales: una, relativa al valor de 127; otra, relativa a la reconstrucción de las familias o tipos.

Que el valor de 127 sea muy subido, se deduce manifiestamente de cuanto llevamos dicho. Que supere además a la mayoría de los otros códices mencionados, tampoco es difícil de admitir. El único rival que puede disputarle la primacía es el papiro 47, principalmente por su mayor antigüedad. Pero esta razón no es decisiva. El arquetipo de 127, trasladado con fidelidad fotográfica, se remonta por lo menos a la antigüedad del papiro. Y entre este arquetipo y nuestro papiro la elección no parece dudosa. Ahora, sin duda, no podemos apreciar directamente la mayor o menor exactitud con que cada uno de ellos reproduce el original; pero aun ahora estamos en disposición de conocer las negligencias y libertades del papiro, que por ningún lado se descubren en 127 y que positivamente excluye la escrupulosidad y esmero de su copista. Además, la afinidad del papiro con la base de la recensión cesariense y la de 127 con la base de la recensión alejandrina, universalmente reconocida como superior a la cesariense, es un precedente a favor de nuestro códice. No quiere esto decir que en todo y en cada una de las variantes rivales hay que seguir a ciegas el testimonio del códice. Este será acaso el mejor de los testigos que han llegado hasta nosotros; pero ni es el único, ni menos anula el valor de los otros testigos. Todo

está en conocer bien todos los testigos y en apreciar debidamente su valor. Para ello se hace necesario investigar la historia de la primitiva transcripción manuscrita. Por vía de simple ensayo hipotético proponemos el siguiente cuadro, en que se precisa la probable reconstrucción de las diferentes familias:

PROBABLE RECONSTITUCION DE LAS FAMILIAS



En este cuadro se distinguen tres series de códices: los prerrecensionales, los arquetipos o bases de las recensiones y los representantes de las diferentes recensiones o familias.

Entre los prerrecensionales sobresalen P.⁴⁷ y 127, a los cuales siguen 203, 111, 146, 200 y otros muchos, más o menos contaminados por las recensiones.

A la segunda serie corresponden los ignorados arquetipos de las tres principales recensiones: la cesariense (X), la alejandrina (Y) y la antioquena (Z), afines los dos primeros, respectivamente, a P.⁴⁷ y a 127.

Entre los representantes de cada una de las recensiones sobresalen S. A. y C. S.; de carácter mixto o intermedio entre las dos primeras recensiones, parecen tener como base un tipo intermedio entre P.⁴⁷ y 127, con retoques alejandrinos. A. parece representar mejor que otro alguno la recensión alejandrina. C. es más indeciso o fluctuante: o es de base alejandrina con retoques cesarienses, o bien de base cesariense con retoques alejandrinos. P. y B. representan, a lo que parece, el estadio primitivo de las recensiones cesariense y antioquena. El T.-R., que en los Evangelios es francamente antioqueno, es en el Apocalipsis predominantemente cesariense, pero contaminado por la recensión antioquena. Donde es de notar que la edición Complutense es mucho más antioquena que la Erasmiiana.

De ahí se sigue el diferente valor testimonial de las recensiones y de los códices prerrecensionales. Por una parte, el testimonio de las recensiones es global o colectivo, en el sentido de que toda la recensión, por numerosos que sean sus representantes, no forma sino una sola unidad o testimonio único; en cambio, cada uno de los códices prerrecensionales representa una unidad diferente: ventaja incomparable de éstos respecto de los códices recensionales. Por otra parte, si puede admitirse que la base de las recensiones se remonta al siglo II, no es menos cierto que se hace frecuentemente muy difícil deslindar en ellas los elementos básicos de los recensionales; en cambio, en los códices prerrecensionales es muy fácil, generalmente, deslindar el elemento básico, con sólo descartar las variantes hijas de la incuria o de la arbitrariedad del copista, fácilmente discernibles.

A la luz de esta clasificación y de la consiguiente determinación de los testigos, así de su número como de su respectivo valor, creemos poder formular la norma o criterio que, hoy por hoy, hay que seguir en la selección de las variantes rivales. Antes de decidir hay que escuchar a todos los testigos y tomar en cuenta su diferente valor; y combinando los dos factores, es a saber, la mayoría numérica y el valor de los testigos, escoger la que en conjunto ofrezca mayores garantías de ser la variante original. Ni hay que prescindir de la crítica interna. No hablamos de aquellas normas arbitrarias o aprioristas, como que, en

paridad de circunstancias, hay que preferir la variante más corta, sino de otras normas más fundadas, cual es la de que es preferible la variante más ardua o difícil o la que aparece como origen de donde se derivan las otras.

Tal es la norma fundamental que hemos procurado seguir en nuestra nueva edición; norma, sin duda, provisional, pero la única razonable que hoy podemos seguir, mientras aguardamos ulteriores avances en la crítica textual del N. T.

JOSÉ M. BOVER, S. I.